

CON
ACERTIJOS
DETECTIVESCOS

SHERLOCK BONES

Y EL CASTILLO
ENCANTADO



TIM COLLINS

ILUSTRADO POR JOHN BIGWOOD



SHERLOCK BONES

Y EL CASTILLO
ENCANTADO





Título original: *Sherlock Bones and the Horror of the Haunted Castle*

Primera edición: septiembre de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Publicado en Gran Bretaña en 2023 por Buster Books, un sello editorial de Michael O'Mara Books Limited, 9 Lion Yard, Tremadoc Road, Londres SW4 7NQ

© Buster Books, 2023

© De la traducción: Adolfo Muñoz, 2026

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2026

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.es

ISBN: 978-84-143-6023-1

Depósito legal: M-12629-2026

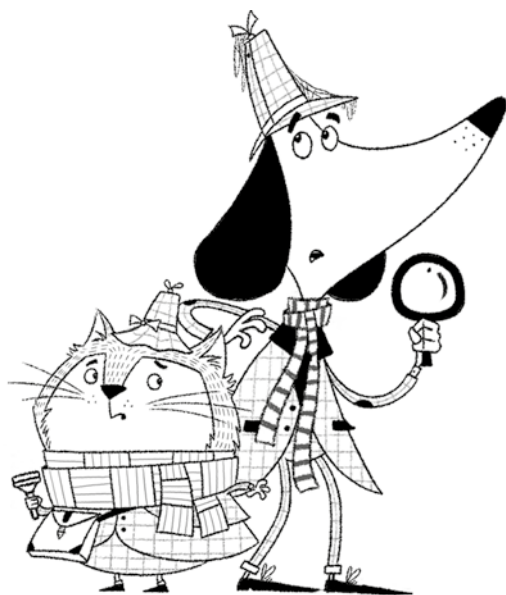
Impreso en España - Printed in Spain





SHERLOCK BONES

Y EL CASTILLO ENCANTADO



Escrito por Tim Collins
Ilustrado por John Bigwood
Traducido por Adolfo Muñoz

ANAYA



Para Henry Collins.

TIM COLLINS

Para April, sin quien este libro no estaría completo. Gracias.

JOHN BIGWOOD



Diseñado por Derrian Bradder

Diseño de cubierta de John Bigwood

Bienvenido

Sherlock Bones y la doctora Jane Gatson son famosos en todo el mundo por desentrañar misteriosos crímenes. La doctora Gatson va tomando nota de todo lo que sucede en cada aventura para que tú puedas leerlo.



Sherlock Bones

Es el mejor detective que haya conocido el mundo. Nunca retrocede ante un problema, y siempre resuelve todos los casos.

Doctora Jane Gatson

Es la compañera de Sherlock Bones en su lucha contra el crimen. Está lista para saltar a la acción cada vez que aparece un sigiloso criminal.



¿Estás preparado para ayudar a Bones y Gatson a resolver su caso más difícil hasta la fecha? A lo largo de esta historia, encontrarás rompecabezas con los que podrás poner a prueba tus dotes de detective. Si te estancas, encontrarás todas las respuestas al final del libro, a partir de la página 169. También puedes, si lo prefieres, disfrutar leyendo la aventura todo seguido y regresar a los rompecabezas más tarde. ¡Buena suerte!



Capítulo primero



La niebla era tan espesa que apenas me veía las patas. Aunque me costara, tenía que seguir andando, porque estaba desesperada por llegar a casa. A lo lejos, oí el aullido de un lobo.

No sabía cuánto tiempo llevaba caminando. ¿Diez minutos? ¿Media hora? Había perdido la noción del tiempo bajo aquel temporal.

Apareció algo enfrente de mí. Era una figura alta, cubierta con un velo blanco.

Me tembló la cola. ¿Se trataba de un ser vivo, o tenía delante un fantasma?

—¿Quién eres? —pregunté con una voz que me fallaba—. ¿Qué deseas...?

—Soy yo —respondió la figura.

Tiré de la tela para descubrirle la cara, y vi que se trataba del señor Thompson, el armiño de la puerta siguiente a la mía.

—Estaba poniendo esta sábana a secar cuando la oí venir, doctora Gatson —dijo—. Y con el viento la sábana me envolvió.

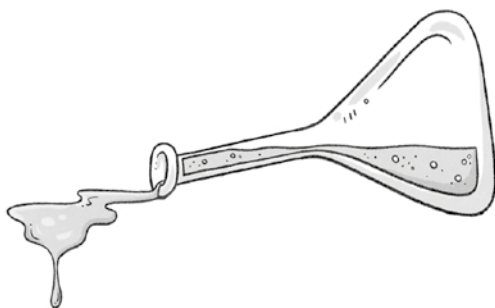
El lobo volvió a aullar.

—Me gustaría que la señora Fraser, la del 227 A, bajara el volumen —pidió el señor Thompson—. Lleva aullando así desde que entró en el coro.

El señor Thompson colgó la sábana en la cuerda de tender la ropa, y buscó algo en su bolsillo. Sacó una carta que estaba dirigida al «Señor Sherlock Bones, el mejor detective del mundo, Barker Street 221 B, Londres» con un «URGENTE» garabateado en la parte superior del sobre.

—Me han pedido que le entregue esto a usted —dijo—. Lo han dejado aquí dos perros que han venido, pero su amigo Sherlock no estaba. Espero que se trate de otro de esos misteriosos crímenes que tanto le gusta resolver a su amigo.

Entré en casa y encontré a Bones en su estudio, sentado en la misma silla y examinando el mismo batiburrillo de matraces y tubos de ensayo que ocho horas antes, cuando yo me había ido de la casa.



¿Cuántos de los siguientes instrumentos químicos
eres capaz de ver sobre la mesa de Sherlock Bones?



Tubo de ensayo



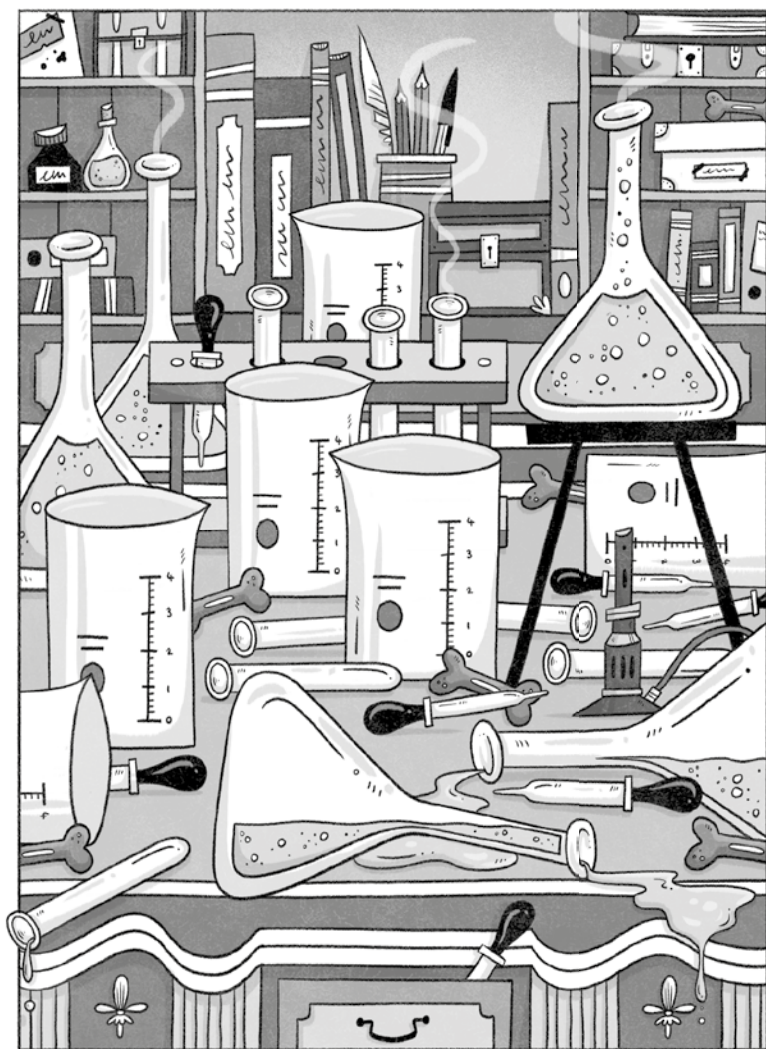
Vaso de
precipitado



Matraz



Pipeta



—¿Ha salido de aquí? —le pregunté—. Han venido dos perros a dejarle una carta, y como no le encontraron en casa se la dejaron al señor Thompson.

—No, no he salido —respondió Bones—. Pero se ve que estaba tan distraído con mis experimentos que no he oído el timbre. ¡Mire esto!

Bones levantó un vaso de precipitado que tenía sobre su mesa y contenía un espeso líquido marrón.

—Si no me equivoco, estoy a punto de encontrar una sustancia que hará que los huesos de mascar sean un cincuenta por ciento más duros de masticar y por lo tanto duren más. Eso hará un poco más feliz la vida de los perros de todo el mundo.

—Bueno, esto es lo que dejaron para usted —dije, entregándole el sobre.

Bones lo olfateó, lo abrió y leyó la carta en voz alta.





Estimado Sherlock Bones:

Necesitamos su ayuda desesperadamente.
Volveremos esta noche a las ocho.

Firmado:



Gabriella y Archie



Bones señaló el reloj de la pared que estaba a su espalda. Faltaban dos minutos para las ocho.

—Justo a tiempo —dijo—. Esperemos que se trate de algo sencillo, para que pueda volver a mi fórmula del hueso de mascar lo antes posible.

Se quitó los guantes de goma y fue a sentarse en la butaca junto a la chimenea.

Entonces sonó el timbre, y me apresuré a abrir. En el umbral de la puerta aparecieron una lebrél afgana de largo pelo rubio y un pequeño terrier macho que llevaba gafas redondas y chaleco. Los hice pasar al estudio.

—¿Gabriella y Archie? —preguntó Bones.

—Exacto —respondió Gabriella—. Espero que nos pueda ayudar a mi marido y a mí.

—Haré todo lo que esté en mi mano —dijo Bones—. Al fin y al cabo, han venido a vernos nada menos que desde Transilvania.

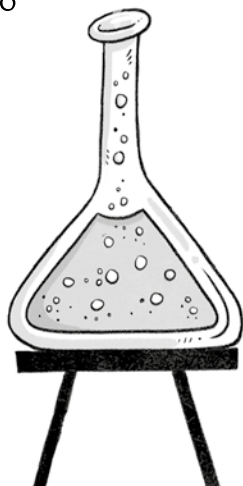
—Sí, es verdad —afirmó Gabriella—. Llegamos la...

Pero entonces se quedó parada y miró a Bones fijamente.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó—. Yo pensaba decírselo ahora mismo.

Bones levantó la carta que le había mandado.

—Usted escribió la carta en el papel con membrete del hotel Barkley



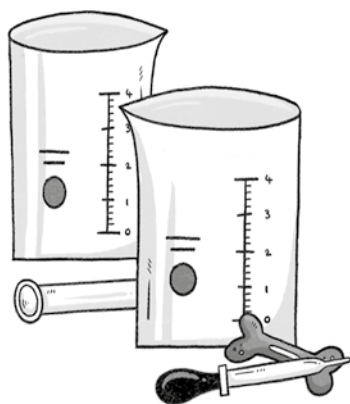
—explicó Bones—. Es el hotel más cercano a la estación de Gating Cross, a la que suelen llegar los viajeros de Europa. Por eso sospeché que vendrían ustedes de lejos. Cuando entraron, me di cuenta de que llevan unas botas recias muy adecuadas para caminar en montaña.

Bones señaló el par de gafas de sol que asomaban del bolsillo frontal de Gabriella.

—Desde luego, no las necesitan con nuestro clima —dijo Bones—. Así que supuse que debían de haber venido de alguna región montañosa que haya disfrutado últimamente de un tiempo soleado. Eso les ha pasado a los Gátpatos, en Transilvania, al menos según la predicción del tiempo que he leído en *El Perrís* esta misma mañana. Además, cuando olfateé su carta, detecté un ligero aroma a galletas de perro de berzas con trucha, que es el sabor más popular de esa parte del mundo. No ha resultado difícil casarlo todo...

Archie dio una palmada con sus patitas.

—Bueno, bueno —dijo—. Parece que es verdad todo lo que hemos oído sobre el gran detective. Aunque, tengo que advertirle, nuestro caso es muy distinto a cualquier otro con el que se haya enfrentado usted en el pasado.



Bones se recostó en la butaca y apoyó la barbilla en sus patas.

—Póngame a prueba —dijo.

Archie se adelantó un poco y fijó en Bones sus ojos negros y pequeños. Los largos pelos que tenía encima de los ojos empezaron a temblar.

—Necesitamos su ayuda —indicó—, porque hemos encontrado un fantasma.

Bones resopló y negó con la cabeza.

—Si es así, puedo resolver su caso ahora mismo —afirmó él—. Ustedes no han visto ningún fantasma, porque los fantasmas no existen. Como tampoco existen los hombres lobo, los gatos vampiro, los ratones sirena ni ningún otro ser sobrenatural, se llame como se llame.

Se levantó de la silla y abrió la puerta invitándolos a marcharse.

—Muchas gracias por su visita —dijo—. ¡Lamento que no se puedan quedar!

Gabriella corrió tras él y dio una palmada con las patas.

—Ya nos advirtieron que no se mostraría interesado, señor Bones —explicó—. Pero le ruego que al menos escuche





nuestra historia. No sabríamos a quién recurrir si usted se niega a hacerse cargo.

Bones volvió a su butaca con aire decidido, se dejó caer en ella y lanzó un suspiro.

—Muy bien —dijo—. Pero quiero hechos, no cuentos de hadas.

Gabriella regresó al centro de la sala y miró a Bones fijamente con sus brillantes ojos anaranjados.

—Hace unos meses recibí una carta informándome de que mi tío Grigore había muerto —informó ella—. Eso fue un duro golpe para mí, aunque llevara muchos años sin verlo. Yo me fui de Transilvania cuando no era más que una cachorrита, y no había regresado nunca.

—Queríamos ir —intervino Archie—. Lo que pasa es que yo lo paso fatal en los viajes, sobre todo si hace sol. Siempre he tenido mucho pelo, ya ven. Me viene de la rama materna de mi familia.

Bones levantó la pata para pedirle que callara, y volvió a mirar a Gabriella.

—Pero aquello no era lo único impactante que revelaba la carta —prosiguió ella—. Seguí leyendo y me enteré de que,



como única pariente viva de Grigore, yo había heredado su casita de perro.

—Eso es una manera de hablar —dijo Archie—. Porque la casita de perro resultó ser un enorme castillo situado en unas escarpadas montañas. Cuenta con doce dormitorios, tres cuartos de baño, un comedor, una biblioteca, un salón principal y un jardín enorme con mucha topiaria, o sea, plantas recortadas con forma de animales. En comparación, nuestra vieja casa parece un charco en el barro.

Archie se metió los pulgares en los bolsillos del chaleco y empezó a caminar por la sala, con el pecho inflado.

—¿Quién habría pensado que yo, Archibald Barkthwaite, el hijo de un minero del carbón, terminaría en un lugar como ese? —preguntó.

—Parecía demasiado bueno para ser cierto —señaló Gabriella—. Y lo era. Viajamos a Garrasburgo y nos quedamos en el castillo. Una noche, nos despertó un extraño lamento. Archie tuvo que quedarse en nuestro dormitorio a causa de los nervios, pero yo salí a mirar, y vi una delgada figura blanca en el corredor.

Recordé el incidente que me había ocurrido con el señor Thompson unos minutos antes:

—No es difícil confundir a alguien con un fantasma —dije—. Hace solo unos minutos vi a nuestro vecino revolviéndose en la sábana que le había caído encima, y lo confundí con uno.

—Pero aquello no era una sábana —indicó Gabriella—. Parecía un perro, pero tenía unos agujeros negros donde tendrían que estar los ojos, y una boca fina que babeaba tristemente. Y había algo aún más aterrador.

Gabriella se llevó una pata al pecho y respiró hondo.

—Flotaba en el aire —explicó—. Justo por encima del suelo.

Miré por la ventana hacia la neblinosa noche. Nunca me había alegrado tanto de encontrarme en nuestra cómoda vivienda y no allí fuera, donde podían acechar los fantasmas.

—Hay todo tipo de razones por las que usted puede creer que ha visto a un fantasma —dijo Bones—, pero ninguna de ellas tiene que ver con el espíritu de un muerto al que se le niega el reposo. Podría tratarse de un efecto óptico producido por la luz. O podría ser el reflejo de un viejo retrato. O, simplemente, podría tratarse de un sueño que recuerda como si fuera real.

Archie se acercó a la mesa de Bones y la golpeó con la pata.

—No era ningún sueño —ladró—. Nuestro mayordomo, Stevens, también lo vio. Yo mismo me habría acercado a verlo detenidamente si no me lo hubieran impedido los nervios.

—Por favor, ayúdenos —pidió Gabriella—. Sería una lástima tener que abandonar el castillo, porque no creo que pudiéramos compartirlo con esa cosa...

Bones se levantó de un salto y dio una palmada con las patas delanteras.

¿Serás capaz de encontrar al fantasma escondido en el castillo? ¿Podrás descubrir, también, los otros tres objetos?



El fantasma



Un reloj de cuco

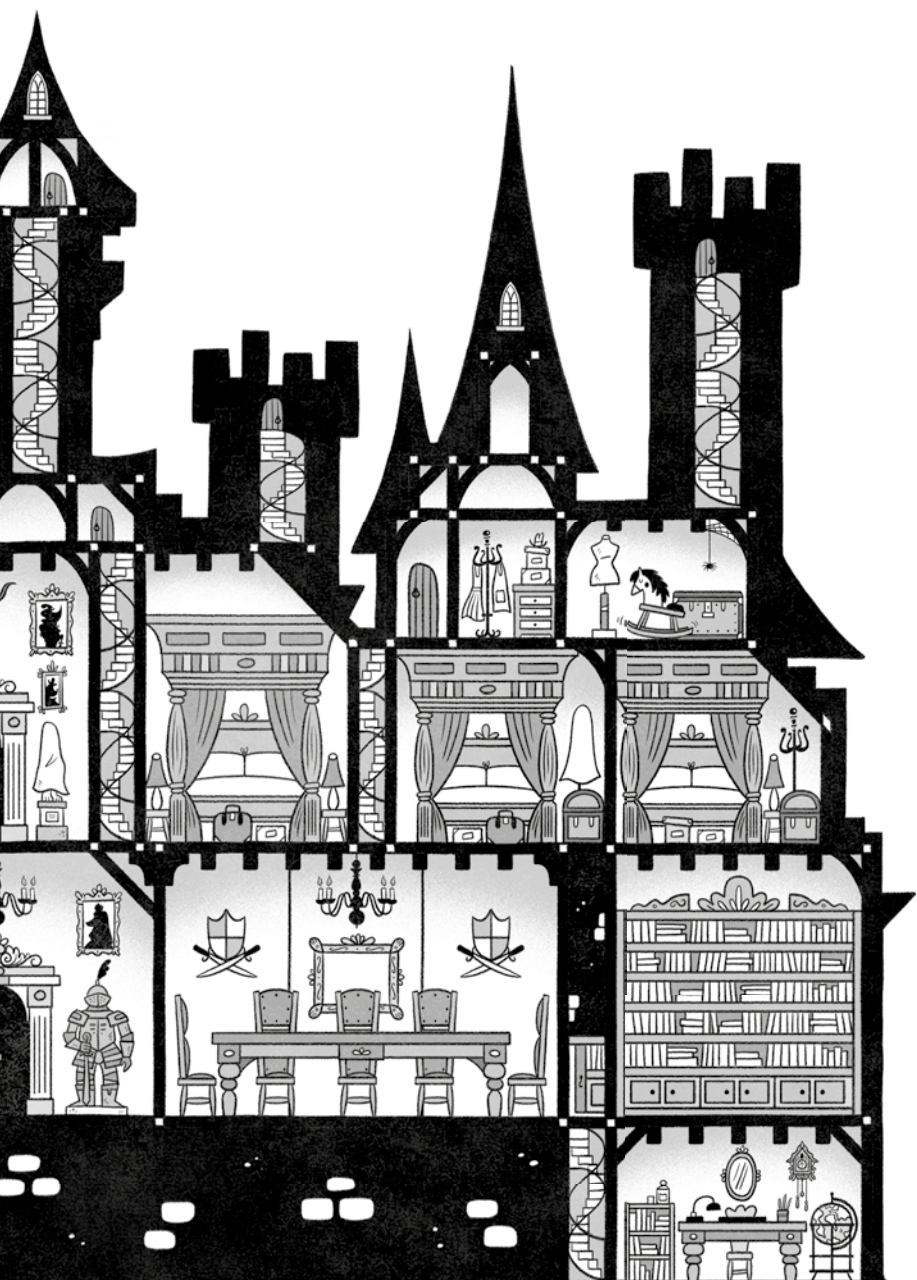


Un candelabro



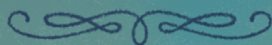
Un viejo baúl







Cuando un fantasma empieza a rondar el castillo de Garrasburgo, solo hay un detective capaz de desentrañar el misterio: Sherlock Bones, el sabueso más brillante de Barker Street, acompañado de su fiel compañera, la doctora Jane Gatson. Tendrán que explorar pasadizos secretos, resolver acertijos escalofriantes y descubrir quién se esconde tras la sábana.



En esta aventura interactiva te esperan 28 pasatiempos terroríficamente divertidos. ¿Te atreves a seguir las pistas, resolver espeluznantes enigmas y enfrentarte al fantasma?
¡Conviértete en detective y ayúdale a resolver el misterio!



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1573023

ISBN 978-84-143-6023-1



9 788414 360231